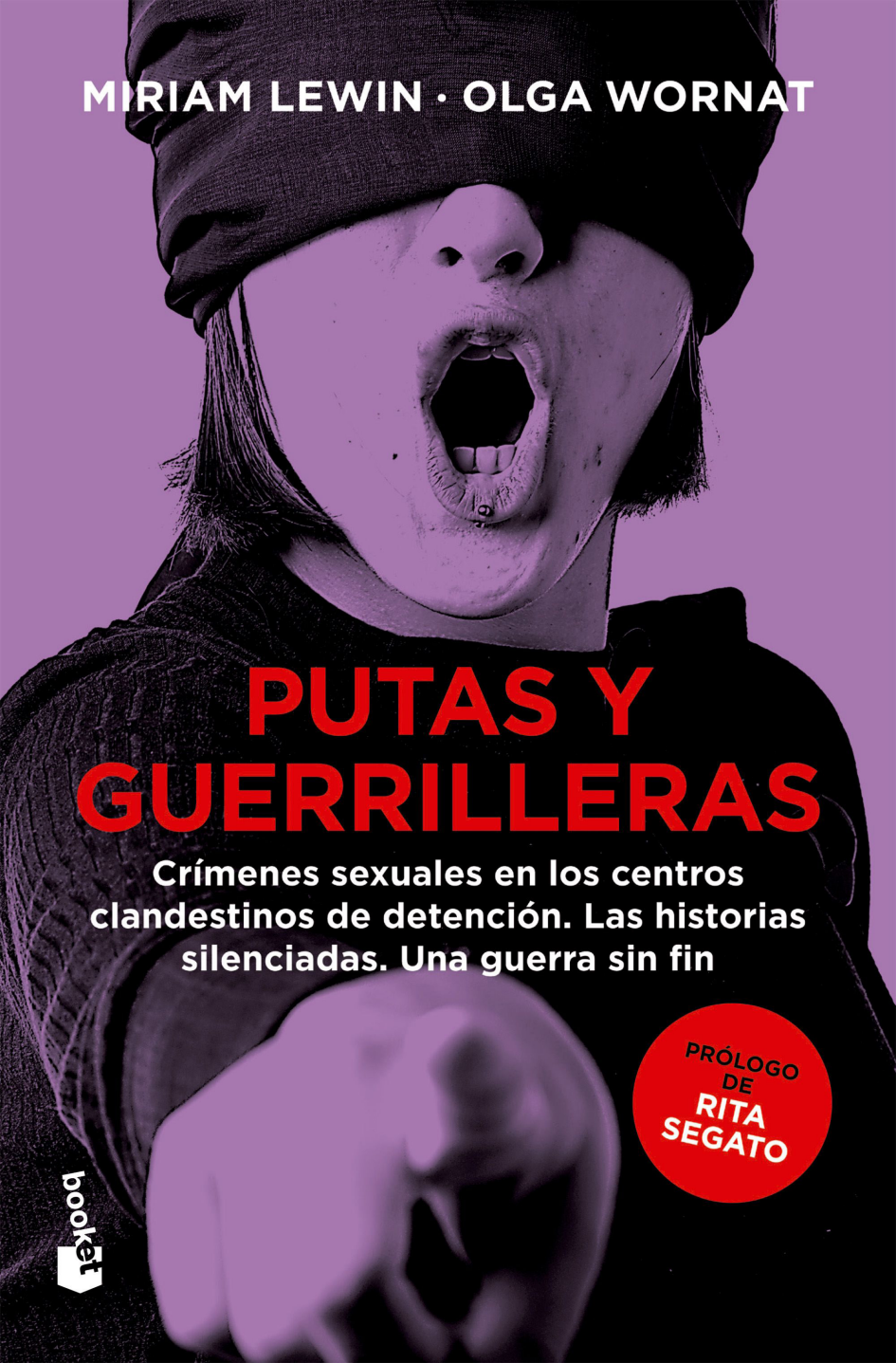




MIRIAM LEWIN · OLGA WORNAT

PUTAS Y GUERRILLERAS

Crímenes sexuales en los centros
clandestinos de detención. Las historias
silenciadas. Una guerra sin fin

PRÓLOGO
DE
RITA
SEGATO

booket

Olga Wornat y Miriam Lewin

Putas y guerrilleras

Crímenes sexuales en los centros
clandestinos de detención.

Las historias silenciadas.

La guerra sin fin.

Edición definitiva



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
PRÓLOGO, <i>por Rita Segato</i>	17
VIVIR CON CULPA, <i>por Olga Wornat</i>	25
PRÓLOGO, <i>por Miriam Lewin</i>	39
 UNO. Un mundo perverso. Primera parte	 45
La captura	45
El Rata	47
Los días en Capucha	50
El Tigre	53
La locura	56
El enemigo en casa	61
El <i>ministaff</i>	62
El Delfín	67
<i>Modus operandi</i>	70
Las viudas	76
 DOS. El Vesubio: la doble cruz de Elena	 83
Negación judicial	86
La casa del horror	87
Fabricar al traidor	92
El clamor de Elena	97
 TRES. La Cueva: Marta, la señora del doctor	 103

CUATRO. Hombres vencedores, hombres vencidos. . . .	119
Ceder para no morir.	121
Los unos y los otros.	125
«¿Te gusta la Rubia?»	134
Ladrones de mujeres	136
CINCO. Un mundo perverso. Segunda parte	139
«Tenés que elegir»	139
Traidoras	142
El síndrome	151
Negrita.	152
Sisi	154
La sobrevida	155
El otro banquillo.	160
Las esposas.	161
El último <i>round</i>	165
SEIS. Silvia Suppo: ¿un crimen perfecto?	169
La ciudad como trampa	171
La fuga de Hugo	173
El aborto o la muerte	175
La vuelta al origen.	178
Asesinos improbables	180
SIETE. Reconquista: una familia destrozada	183
Un robo a traición	188
OCHO. La Perla: el infierno cordobés	191
Un mundo invisible	193
«Somos Dios»	197
Prejuicios y silencio.	202
NUEVE. El marco legal: transformación y ambigüedad	209
Un delito diferente	209
Una condena premiada	211
Licencia para violar.	212
Un tiempo nuevo	215
No es importante	219
Amor imposible.	220

Sin testigos.	221
Con todo respeto	222
Una cuestión privada	224
DIEZ. Zárate-Campana: la nave del horror	227
La oración	230
La cárcel	232
Regreso a casa	235
ONCE. Bahía Blanca: un nombre de guerra	239
Las víctimas del Tío.	241
La Escuelita	247
DOCE. Tucumán: el Tuerto y la Esclava	255
La noche más oscura	258
Las otras infamias	261
Pruebas irrefutables	263
TRECE. Jujuy: reuniones para no llorar	267
La complicidad del Ingenio Ledesma	268
El ejercicio de la maldad	269
La oscuridad y la luz	273
CATORCE. Represión y diversidad sexual.	277
No somos putos, no somos faloperos.	279
Clandestinas	282
La caída en el Pozo.	283
QUINCE. Mendoza: una victoria contra el dolor	289
El comando Pío XII	290
La noche más oscura	293
La historia de Rosa	297
Renacimiento	299
DIECISÉIS. Virrey Cevallos: la casa de la CIA.	305
Antes del Infierno	305
Mi vida con Juan	308
La caída	310
El Infierno	312
El Sota	319

El contacto	323
Una señal	324
La Patria	325
Una Biblia (y el calefón)	328
La cita inesperada	331
Sentir el sol	334
La promesa	336
Las preguntas	337
El prófugo	340
La inmolación	341
La mudanza a la ESMA	341
Volverlo a ver	343
Libres	344
<i>Bibliografía</i>	349
Films.	353
Teatro.	354
Sitios web.	354
<i>Agradecimientos</i>	355

UNO

Un mundo perverso. Primera parte.

La captura

En la Buenos Aires oscura de 1976, Graciela García Romero, la Negrita, tenía una cita con una compañera de un grupo nuevo y no podía llegar tarde. Cuando se juntaron y empezaron a caminar por avenida Córdoba hacia el teatro Payró, sobre la calle San Martín, un brazo la tomó con fuerza.

Había llegado el final. Tenía una cápsula de cianuro en la cartera pero se la arrebataron. De todas maneras, la orden de usarla, de envenenarse para no caer viva, siempre le había generado contradicciones. Las fueron empujando contra la pared. La otra chica corrió, y gritó su nombre: «Diana García». ¡Tenían el mismo apellido!

«Nos están secuestrando», escuchó la Negrita mientras le quitaban la cartera, la tiraban al piso y le rompían la camisa.

Diana se tomó la pastilla, pero la revivieron a puro lavaje de estómago con un sifón disparado en la garganta. Mientras tanto, la Negrita pedía insólitamente que le cerraran la blusa.

Inmovilizada en el piso, semidesnuda en una de las esquinas más transitadas de la ciudad, demandó que le devolvieran un poco de su dignidad. Los secuestradores deben haber sentido que le debían esa suerte de última gracia, y le concedieron ese deseo.

El grupo de tareas empezó a avanzar por la avenida, hasta llegar a mitad de cuadra, donde comenzó a cruzar. La Negrita se arrojó sobre el asfalto y los desconocidos la arrastraron. Se aferraba a los autos y colectivos para escapar. Su cabeza trataba de imaginar escenarios de huida. Vio una vidriera enorme, la de la tienda Harrods y le dio un golpe con la cabeza al cristal para herirse de muerte con los vidrios, pero no pudo. Estaban ya a pasos del edificio del Círculo Naval, en el cruce con Florida. Todo era desenfrenado, pero se le figuraba en cámara lenta.

Finalmente, la comitiva la subió a un auto estacionado sobre Córdoba, ante decenas de peatones. Le colocaron un antifaz pero antes logró ver en el mismo móvil a uno de los compañeros de su grupo. Era el que la había *marcado*. No sintió bronca, solo una pena terrible. Le colocaron esposas en la espalda, trabaron la puerta y arrancaron.

Graciela se quitó las esposas, que estaban flojas. Abrió la puerta del auto y se tiró al pavimento. Después, corrió por Paraguay. Antes de llegar a Suipacha, sintió que la levantaban en vilo.

El regreso al auto fue morder la derrota. Le vendaron los ojos con su pulóver. La esposaron de nuevo y la tiraron al piso. Hablaban por radio, o tal vez fueran *walkie talkies*. Usaban una clave: «¡Selenio, Selenio, historia violeta termina con dos!».

Cuando la bajaron del coche, sintió un golpe brutal.

Sintió que la guiaban por una escalera. Supo que estaba en la Escuela de Mecánica de la Armada. Había escuchado la descripción del lugar por boca de una militante liberada. Todo coincidía: los escalones, el ruido del cerrojo, hasta algunos nombres que pudo escuchar.

—Ay, Negrita, por fin llegaste. Mirá que sos impuntual.

Y entonces sintió la segunda trompada. La recepción le dio escalofríos. No solo sabían su nombre de guerra, sino que

conocían uno de sus principales defectos. La entraron a una habitación para que viera un organigrama donde casi todos los nombres estaban tachados. «Mirá, acá estás vos», le dijo alguien, señalándole con deleite un recuadro.

Le volvieron a cubrir la vista. El que la conducía a ciegas, el Rata, la golpeó durante todo el trayecto que la acercaba a un camastro, en una de las habitaciones de tortura.

El Rata

El Rata, Antonio Pernías, su interrogador, está dispuesto a picanearla hasta sacarle toda la información que necesita y aún más.

Entonces, ya desnuda, tiene una idea. Antes de caer, su tarea en la militancia era entrevistarse con familiares de presos y sistematizar la información sobre las detenciones. El propósito era establecer por qué eran tantas, por qué el aniquilamiento parecía tan irrefrenable. En una de esas reuniones, conoció a una compañera que había sido liberada de la ESMA. Con su descripción, la Negrita había elaborado un informe que ahora quería negociar con los *milicos* a cambio de tiempo.

«Yo tengo un material que habla de ustedes», dice. La picana se detiene y Graciela escucha: «Queremos ese documento».

«Se los voy a dar, pero no podemos ir a mi casa hasta después de las nueve de la noche. Ahí vive una mujer que no tiene nada que ver, y hay cuatro chicos», se atreve a explicar.

Era el acuerdo que Graciela tenía con la compañera con la que vivía. Si alguna de las dos no llegaba, la otra la esperaría hasta las nueve antes de irse de la casa, de «levantarse».

Graciela no entiende por qué los marinos estuvieron de acuerdo y respetaron sus condiciones.

Mientras tanto, la dejan sola. Algunos de ellos entran a la habitación. El Gato González Menotti, el Duque Francis Whamond, el Rata Pernías. En ese momento, eran desconocidos para ella. Tenía una tormenta en la cabeza.

El Rata estaba tenso. Sus movimientos eran rígidos, combinados con algo monstruoso en su cara.

—Tengo que dejarte, ¿sabés? Me tengo que ir a una reunión de ámbito en San Martín. No puedo demorarme.

Graciela sintió que la partían al medio. Pernías, el torturador, estaba infiltrado en un ámbito de militantes. Todo era probable. Si no, ¿cómo sabían su nombre, cómo conocían su impuntualidad?

La casa donde vivía la Negrita había sido elegida por ella especialmente por sus vías de escape. Rogó que su compañera hubiera obedecido las normas y se hubiera ido. Les dio la dirección ya sobre el auto. Cuando llegaron, había todavía gente adentro, pero Graciela estaba tranquila. La vivienda, en el puerto de Olivos, tenía un balcón que daba a un patio y a una calle trasera. Cuando los milicos entraron, la casa estaba vacía. El documento que encontraron los desilusionó.

El fraude no los enfureció. Simplemente, los fastidió un poco. Cuando retomaron el interrogatorio, dejaron de pedirle que cantara una cita.

En lugar de destinarla al infierno de los tormentos —pícnica, asfixia y simulacros de fusilamiento— la lanzaron al limbo de la Capucha, un espacio oscuro en el tercer piso del Casino de Oficiales, con techo inclinado a dos aguas y cabreadas metálicas. Por algunos días parecieron olvidarse de ella.

El primer fin de semana la ESMA quedó casi vacía de oficiales. Habían salido todos porque era el Día de la Madre. Algunos iban a pasarlo con sus familias. Otros encabezaban operativos de secuestro: muchos militantes relajaban la seguridad para encontrarse con sus mamás.

Uno de los Pedros, como llamaban a todos los suboficiales encargados del edificio y de los guardias, la esposó a la espalda. En algún momento la llevaron a un baño. Lloró cuando se vio en el espejo. Mientras se arreglaba el pelo se quedó con un mechón en la mano.

Capucha estaba jalonada por tabiques de madera bajos que separaban colchonetas. Había cuerpos esposados, engriellados, encapuchados o con antifaces. Se escuchaban sollozos, o música a un nivel insoportable. De repente, se percibía afuera el ruido de los motores de algún avión que llegaba o se iba del Aeroparque.

La comida era pan roído por ratas y mate cocido. El lugar donde se orinaba era por lo general un balde con un olor intolerable.

Los guardias, alumnos de la ESMA a los que llamaban verdes, pateaban con sus borceguíes, porque sí, a los prisioneros. El terror y la tensión eran constantes.

Graciela estaba sentada y tenía los ojos cubiertos. Alguien que se arrodilló a su lado le tomó una mano y la llevó a su cara, obligándola a acariciarlo, como en un raro reconocimiento. Después supo que era uno de los oficiales.

«Además del miedo, de la humillación, en la ESMA se sentía la amenaza de la desintegración de la personalidad. Uno estaba ahí, tirado, sin bañarse, sin poder hablar, privado de toda vinculación con otro ser humano», recuerda Graciela. ¿Quería ese extraño remediar eso, demostrarle que era un semejante?

A Diana García la vio por última vez en la Enfermería, supuestamente recuperándose. Nunca reapareció.

Alrededor de diez días después de la caída, llevaron a Graciela a una quinta elegante, una suerte de sucursal de la ESMA. La sentaron a una mesa bien aprovisionada. Pilar, una militante cuyo verdadero nombre era Laura Di Doménico, una detenida, se levantó para poner en un grabador la

canción del Che, por Los Olimareños. «Y aquí se queda la clara, la divina transparencia, de tu querida presencia, comandante Che Guevara». Graciela pensó que se estaba volviendo loca. No entendía el comportamiento desafiante de Pilar, la tolerancia de los guardias.

Comieron con algunos oficiales. Los verdes, que se transformaban en verdugos en la ESMA, las servían como camareros obedientes.

Por la tarde apareció por primera vez el capitán Jorge Eduardo Acosta, el Tigre. Bajó de la planta superior de la casa y se presentó como «capitán Arriaga». Graciela presume que cuando la estaban interrogando, también había pasado a verla, sin identificarse. «Se puso a hablar, como siempre, de filosofía». Al Tigre le gustaba hacer alarde de sus presuntos conocimientos, que repetía como un disco rayado.

Desconcertada, después de la comida en la quinta con los represores y otros prisioneros, la tabicaron y volvieron a llevarla a la ESMA.

Los días en Capucha

La estadía de la Negrita en Capucha duró aproximadamente treinta días, jalonada por experiencias que le parecieron absurdas.

Por ejemplo, una noche la bajaron al sótano, donde estaban los cuartos de tortura. La sentaron en un banco en el pasillo y le quitaron el antifaz para que viera una película que estaban proyectando.

Poco después, la llevaron a pasar el día con una chica en un cubículo que ellos llamaban camarote. Su nueva compañera se llamaba Nora Oppenheimer y tenía 21 años. Era rubia, hija de un judío alemán escapado de los nazis. Nora estudiaba derecho y militaba en villas.

«Norita fue el primer apoyo que tuve allí. Yo sufría mucho. De repente sentía que me ahogaba, que no era capaz de respirar y ella me tranquilizaba. Se reía. Los verdes la llamaban por su nombre. Conocía a un compañero que era subordinado mío».

Entre Nora y Graciela se dio una comunicación profunda. Ella le contó que estaba enamorada de ese compañero, que se llamaba José, pero que sabía que él estaba a su vez enamorado de Graciela. Las dos mujeres hablaban de amores cruzados y desengaños en el campo...

«A Norita se la llevaron porque era judía». Graciela está segura de eso. «Si uno era judío, tenía muchísimas menos posibilidades de sobrevivir. Después de un mes y pico, creo, porque perdí la noción del tiempo, se la llevaron. Y no la vi nunca más».

Después de Norita, Graciela pasó a dormir en el mismo cubículo con Laura Di Doménico, «la Gallega» o «Pilar», la muchacha desafiante que había puesto la canción del Che. Era una mujer bella, que había querido ser religiosa. En libertad, se la veía sin maquillaje, con el cabello sencillo y ropas amplias. Era una asceta. Sin embargo, allí había sufrido una transformación. Llevaba las uñas pintadas, remeras ajustadas y todo en ella revelaba sensualidad. A Graciela la pasaban a buscar los guardias por la noche, la llevaban al sótano y la dejaban, sola en la oscuridad, sin aclararle por qué. «Ahí vos empezabas a sufrir, porque no te explicaban para qué lo hacían... Entonces yo me doy cuenta de que cada vez que me bajaban era para que Whamond abusara de ella. Alguna vez, incluso, me lo crucé». Whamond era el capitán Francis Whamond, conocido como Duque, integrante de la patota naval. «Nunca me lo pudo decir, la pobre debe haber sufrido mucho, pero jamás habló conmigo».

A pesar de la violencia sexual de la que era víctima, Pilar sabía que todo su sexo arrebatado por Whamond no iba a poder salvarla. La acusaban de haber participado en un atenta-

do mortal con explosivos contra la embarcación del comisario general Alberto Villar, jefe de la Policía Federal, dos años antes, el 1° de noviembre de 1974, Día de Todos los Santos. La habían detenido en Santa Fe y la Federal se la reclamaba constantemente a los marinos.

«Yo creo que por eso un día, cuando estábamos solas, me dijo que teníamos que escaparnos. Yo no sabía si me lo decía en serio o no, pero el plan que proponía era delirante e impracticable», evoca la Negrita. «No supe si realmente pretendía escaparse o quería entregarme, ver mi reacción, ponerme a prueba», se cuestiona inútilmente. En el campo de concentración era imposible confiar.

Cuando Pilar hablaba, había un brillo raro en su mirada. Era difícil decir si estaba fingiendo o no. Decía que había que hacer caer a la conducción de Montoneros porque de ese modo los militantes quedarían «desenganchados» de la organización y se salvarían muchas vidas. Lo afirmaba con una convicción absurda.

«Cuando Pernías me preguntó si ella me había propuesto algo, yo creí que él lo sabía y quería atraparme en esa contradicción. Dije que sí», concluye la Negrita.

A Pilar la entregaron en diciembre. De la ESMA, la llevaron al Club Atlético, el centro clandestino de detención de la Policía, desde donde se perdió su rastro.

Algunas prisioneras creen que Pilar utilizaba deliberadamente la atracción que sabía que tenía sobre Whamond para generar una situación en la que estuviera afuera, a solas con él, en un hotel, en un departamento, y pudiera desarmarlo para fugarse. Pero eso nunca sucedió.

A partir de la entrega de Pilar a la Policía, Whamond cambió su actitud hacia los prisioneros. Se hizo más distante, taciturno...

«De todos modos, creo que era uno de los ideólogos del campo», opina Graciela. Fue el creador de la capucha como

instrumento de aislamiento y tortura. Él contó que los represores probaron su efecto en ellos mismos. Decía que estaba convencido de que cuando se ponía la capucha «se iba la luz, pero se encendía una lucecita» adentro de la persona, que la ayudaba a recapacitar.

El Tigre

En el camarote, ese cuartucho del tercer piso del Casino de Oficiales, Graciela recibía la visita de Pernías, su oficial interrogador. Una noche se dio vuelta en la cama y tuvo la sensación de que la observaban. Totalmente borracho, Pernías le ofreció una medialuna, que ella devoró enseguida. Se fue después de hablar de cosas sin importancia, pero esa presencia silenciosa en la celda le provocaba desasosiego.

El torturador volvió otra noche y empezó a besarla. De pronto, trató de bajarle la cabeza hacia su bragueta. «Yo hice mucha fuerza hacia arriba e intenté ponerle un límite», dice.

La resistencia de Graciela tuvo éxito y provocó inesperados movimientos en el plantel de los represores. Pernías dejó de ser responsable de sus interrogatorios y comenzó a aparecer más frecuentemente en su camarote el Tigre Acosta.

Acosta era —más allá de los grados militares— el jefe y cerebro del campo de concentración. Tenía una relación estrecha y de profunda identificación con el comandante en jefe de la Armada, el almirante Emilio Eduardo Massera, un moreno mujeriego y ávido de poder al que el Tigre admiraba y obedecía con abyección. Acosta le copiaba hasta los gestos y citaba con frecuencia sus discursos.

El Tigre, conocido también como Aníbal o Santiago, decidía semanalmente en una junta con otros oficiales quiénes se «iban para arriba», quiénes eran ejecutados en los entonces enigmáticos *vuelos de la muerte*. Decía que hablaba

con Jesucristo, que le dictaba qué debía hacer, sentado en su hombro izquierdo.

El cuerpo de Acosta, que todavía era joven, estaba encorvado, con el pecho hundido. Encaneció en pocas semanas cuando reemplazó a su antecesor, «Capital», Salvio Menéndez, herido en un tiroteo. Tenía entradas, ojos claros con ojeras amarronadas orladas por formaciones verrugosas en un rostro triangular y una boca con un labio inferior siempre adelantado y algo flácido. Los prisioneros remedaban en privado su voz aflautada para burlarse de él, aunque en realidad les helaba la sangre. Al Tigre le gustaba también juntar en el aire los tacos de sus zapatos, mientras pronunciaba frases pseudofilosóficas o amenazaba a los secuestrados.

Las visitas de Acosta al camarote de Graciela se hicieron diarias.

«Caminaba de un lado al otro, hablaba de tonterías, daba vueltas», recuerda la Negrita. «Me llamó mucho la atención que se pusiera una peluca que había allí, colgada, que usaban para despistar cuando sacaban a alguien a un “paseo”, a intentar que marcara a alguien para secuestrarlo. Me pareció que se sentía a gusto así, con esa peluca rubia.... También me pidió crema para manos. Había algo ambiguo allí».

Una noche, en lugar de subir al tercer piso, al camarote de Capucha, el Tigre dio la orden de que bajaran a Graciela a su oficina, al pasillo conocido como los Jorges. Había una iluminación especial, como la de un interrogatorio. «No recuerdo lo que dijo, pero sí que me ofreció una porción de torta». Mientras la comía, Graciela escuchó el anuncio: «Mañana yo te voy a sacar de acá. Vamos a ir a algún lugar». Esa frase fue una sentencia, porque sabía lo que significaba.

Al día siguiente, el Tigre la llevó en un auto a un edificio en la calle Olleros, en Belgrano, a poca distancia de Avenida del Libertador. Ni bien llegaron se dieron cuenta de que se había cortado la luz. Había que subir ocho pisos por la esca-

lera. A Graciela, además, le había venido la menstruación, a la que le dio la bienvenida como nunca antes, pensando que le iba a servir de escudo. Tenía la esperanza de que el Tigre desistiera. Lo recuerda con una valijita donde llevaba sábanas limpias, condenándola a pesar de los contratiempos: «Subamos por las escaleras», dijo.

El departamento era uno de los que usaban los marinos para sus encuentros sexuales. Lo llamaban Guadalcanal, nombre de una batalla naval heroica de las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra. Había pocos muebles y, por supuesto, una cama matrimonial. Fue en esa cama, con las sábanas que había llevado especialmente, donde Jorge Eduardo Acosta, alias el Tigre, Santiago o Aníbal, teniente de navío de la Armada Argentina, de treinta y cinco años, violó por primera vez a la Negrita.

Ella no recuerda detalles. «Supongo que para protegerme», calcula. «Me imagino que si recordara sus manos encima de mi cuerpo me daría mucho asco, no podría soportarlo». No se acuerda tampoco de que su victimario tuviera rasgos de perversión sexual, ni que fuera violento. «Fue todo normal, como un trámite». No hubo violencia física porque era prescindible. «Yo estaba secuestrada y la situación de violencia la vivía cotidianamente», explica.

De Guadalcanal, ese departamento en una zona de Buenos Aires elegida como residencia por muchas familias de militares, volvieron a la ESMA.

El Tigre, a planificar y ejecutar secuestros y torturas, robar propiedades e hijos de prisioneros y a enviar a la muerte en aviones a los cautivos de Capucha. Y la Negrita, asqueada, abatida, a su camastro, al tabique, a la oscuridad.